

Articles

DOLORES JULIANO ¹

La construcción social de las jerarquías de género

The social construction of the hierarchies of gender ²

RESUMEN

El prestigio de los modelos masculinos de conducta se articuló sobre su poder real, y se afirmó mediante conceptualizaciones positivas de lo masculino y denigración semántica de lo femenino, pero también mediante elaboraciones lingüísticas, religiosas, legales e incluso científicas, que limitaban las posibilidades de acceso de las mujeres a posiciones desde las cuales pudieran cuestionar estos significados.

La perdurabilidad de los modelos de exclusión se ha apoyado en gran medida en su presunta inevitabilidad biológica, partiendo de una esencialización de las diferencias sexuales. Las modernas interpretaciones que priorizan el género sobre el sexo, dan una buena base para desmontar los viejos prejuicios y poner los cimientos para construir nuevas identidades más fluidas y satisfactorias.

Palabras clave: género, masculinidad, feminismo, discriminación.

ABSTRACT

The prestige of male models of conduct are rooted in their real power and were institutionalized through the positive value attributed to all that is masculine and the semantic disdain of all that is feminine. Linguistic preferences as well as religious, legal and even scientific conventions have limited women's access to positions from where to challenge these norms and meanings.

The persistence of these models of exclusion is largely due to the typically modern Western essentialization of sexual difference. Modern interpretations which give priority to gender over sex provide a good basis to take apart old prejudices and build the foundations for new and more equitable identities.

Key words: gender, masculinity, feminism, discrimination.

SUMARIO:

1. — Lo que esconden las palabras. 2. — El cuerpo fluido. 3. — Ni las mujeres, ni los hombres, son lo que eran.

¹ Universitat de Barcelona.

² Participa en el Proyecto I+D+I 140/07.

La parte más onerosa de nuestra identidad se sostiene sobre lo que los demás saben o piensan de nosotros. Nos miran y sabemos que saben, y en silencio nos fuerzan a ser lo que esperan que seamos. (Muñoz Molina, 2001: 39)

La diferencia en el estatus social de hombres y mujeres ha durado tanto tiempo que parecía natural. Sólo cuando han coincidido una fuerte presión de las organizaciones feministas con el ascenso educacional y social del conjunto de las mujeres, se han producido grietas en el modelo y han comenzado a resultar evidentes las arbitrariedades de esta construcción.

El prestigio de los modelos masculinos de conducta se articuló sobre su poder real, y se afirmó mediante conceptualizaciones positivas de lo masculino y denigración semántica de lo femenino, pero también mediante elaboraciones lingüísticas, religiosas, legales e incluso científicas, que limitaban las posibilidades de acceso de las mujeres a posiciones desde las cuales pudieran cuestionar estos significados.

Con el ocaso de las interpretaciones religiosas, la perdurabilidad de los modelos de exclusión se ha apoyado en gran medida en su presunta inevitabilidad biológica, partiendo de una esencialización de las diferencias sexuales.

Un modelo rígidamente dicotómico, donde hombres y mujeres ocupen posiciones permanentes y separadas, es el mejor campo a partir del cual esta diferencia asignada puede construirse como desigualdad. En cambio, las modernas interpretaciones que priorizan el género sobre el sexo, dan una buena base para desmontar los viejos prejuicios y poner los cimientos para construir nuevas identidades más fluidas y satisfactorias.

Lo que esconden las palabras

Los hombres siempre han disfrutado de una ventaja, y ésta es la de ser los narradores de su propia historia. Han contado con todos los privilegios de la educación y, además, han tenido la pluma en sus manos. (Austen, 1999: 271)

El marxismo señalaba que para entender las conductas sociales había que analizar sus bases materiales. Es una buena sugerencia, pero no tiene en cuenta que también la opción preferente por el provecho económico está construida culturalmente, no es universal. Otras culturas u otros momentos han dado prioridad al poder, al prestigio, o a la salvación eterna. Desde el punto de vista antropológico interesa especialmente entender cómo se construyen las valoraciones que hacen que prioricemos unos objetivos sobre otros. También interesa conocer cómo se fabrican los imaginarios que nos hacen valorar positivamente ciertos ámbitos y ciertas conductas, y rechazar o estigmatizar otros.

En primer lugar se puede constatar que la valoración positiva de ciertos modelos de identidad tiene mucho más que ver con la estratificación jerárquica de una sociedad, que con el beneficio real que aporte seguir esos modelos (salvo que consideremos que la conformidad al orden establecido es un objetivo útil en sí mismo). Así por ejemplo, cuando en la Polinesia se excluyen de la sospecha de brujería a los integrantes de la nobleza local, no se está haciendo una opción razonable para solucionar conflictos, sino que se está mostrando quiénes dictan las normas del juego. Algo semejante ha pasado tradicionalmente en nuestra cultura con la posición masculina. No es que los hombres hicieran aportes tan significativos, ni que se esforzaran tanto por facilitar la convivencia, que se constituyeran en modelos de conductas deseables; por el contrario, es porque tenían el suficiente poder para establecer qué parámetros sociales debían considerarse prestigiosos, por lo que sus conductas resultaban aceptables.

El viaje a través de la etimología de las palabras relacionadas con las construcciones de género, puede resultar fascinante. Si recurrimos al Diccionario Etimológico de Corominas podemos ver que del latín *vir*, *virī* varón, deriva «viril», con un significado de masculino, y también vigoroso, a través de vires, «fuerza». La palabra «virtud» tiene el mismo origen, tomado por vía semítica de *virtus*, «fortaleza de carácter». Aquí tenemos a los hombres identificados a través de la magia lingüística, con las conductas virtuosas, pero eso no hace perder las connotaciones agresivas a este entorno semántico. Si se subraya la importancia de tener fuerza, será porque parece legítimo emplearla, y el diccionario nos acerca a este significado con «virago» que se define como mujer robusta y guerrera. Masculinizarse es entonces para una fémina acercarse al modelo del guerrero, que está en la definición misma de la virilidad. Así nos aproximamos al eje de la propuesta implícita en este campo semántico que es a la vez, como pasa siempre, un ámbito de asignación de valores. El modelo del hombre viril se corresponde con el modelo del guerrero, del agresor.

Siguiendo con la etimología, la palabra «violento» viene del latín *violentus*, derivado de *vis* «fuerza, poder» (Corominas, 1976). Por su parte «violencia» de *violentia*, se identifica con «violar». Aquí se abre un amplio campo de connotaciones sexuales de la violencia. El filólogo francés Quignard señala que en la antigua Roma:

Virtud (virtus) quiere decir potencia sexual. Si la virilidad era el deber del hombre libre, el fiasco llevaba el estigma de la vergüenza o de lo demoníaco. El modelo único de la sexualidad romana es la dominatio del dominus sobre todo lo que es otro. La violación es la norma. Todo goce puesto al servicio de otro es servil (16) La impotencia es la obsesión romana (56) El hombre no tiene el poder de permanecer erecto. Por eso el poder es el problema masculino por excelencia, porque su fragilidad específica y la ansiedad le preocupan a todas horas (Quignard, 2005: 58).

Las relaciones de significado son aún más amplias. «Virginidad» viene de virgo y se relaciona conceptualmente con «desvirgar», «desvirgamiento» relacionados a su vez con «virgula», «virgulilla» y «verga». Los nombres más frecuentes del órgano sexual masculino provienen de esta raíz, incluso los de los testículos o «verijas». Las mujeres se definían por su relación (conflictiva y subordinada) con los hombres e incluso sus órganos genitales se denominaban de acuerdo a este criterio. Así «vagina» viene de vaina, con el mismo significado que «*vaina*» como funda de la espada del guerrero.

Tenemos entonces configurado un campo de significados en que lo masculino se describe al mismo tiempo como fuerte, virtuoso, agresivo y violador. No hay como tener poder para manipular los significados, pero las semejanzas de origen no se quedan allí. *Violentia* tiene cercanía gráfica con «valentía». Es posible que ambas palabras estén emparentadas a través de un origen común, y es evidente que tienen un significado semejante. Incluso confluyen en términos como «valentón»³. Lo único que cambia es la valoración. Se puede estar en contra de la primera, pero a la segunda sólo le asignamos connotaciones positivas. Aunque esta diferencia no es tal porque en la realidad y tradicionalmente en nuestra cultura bélica y guerrerista se han valorado positivamente las dos.

Esta aceptación social de la violencia, implicaba por contrapartida la desvalorización de las conductas relacionadas simbólicamente con el campo de lo femenino, lo que ha incluido la ternura, el amor, los sentimientos de identificación con los demás y en general los afectos. En estas circunstancias, no puede extrañar que la censura moral se centre en perseguir programas televisivos, representaciones o conductas eróticas, y se deje al alcance de la infancia una gran cantidad de imágenes y relatos extremadamente violentos. Se considera peligroso que los niños y niñas vean caricias, pero se considera normal que se ejerciten en juegos y representaciones agresivas.

Este sesgo cultural también puede rastrearse en la deriva etimológica de las palabras. Muchas que al principio estaban relacionadas con la ternura o la solidaridad, han sufrido un proceso de degradación semántica, y terminan usándose como insulto. Esto pasa con palabras relacionadas con las mujeres, pero no solamente con ellas. Si bien es cierto que todo lo relativo con la mitad femenina de la población adquiere significados desvalorizantes cuando se aplica a los hombres, como son los casos de «afeminado», «mariquita o maricón» y que palabras que son neutras o positivas aplicadas a estos, se connotan negativamente cuando se aplican a las mujeres (caso de «hombre público», «mujer pública») también es verdad que en algunos casos las palabras desvalorizadoras eran en un principio comunes a los dos géneros o incluso

3 Se lo define: «Hombre que presume de valiente y se muestra siempre dispuesto a pelearse con otros. Baladrón, bravucón, chulo, matón». Moliner, María. 2002. *Diccionario de uso del español*. Madrid: Gredos.

masculinas. Ejemplo de la primera situación es «puta», que viene del italiano antiguo: *putto*, *putta* con significado de «muchacho, muchacha», que tiene origen a su vez en el latín *putus* «niño, niña». Es difícil imaginar cual ha sido el recorrido de los significados ¿puede referirse tal vez a la potestad que se atribuían los ciudadanos romanos de usar sexualmente a los débiles y desprotegidos? ¿O se extiende como calificativo denigrante de las muchachas aún no casadas, es decir que no estaban bajo el dominio y la propiedad de un esposo? En muchas sociedades se consideraba tan peligroso el estado de celibato femenino, que se casaba a las niñas coincidiendo con su entrada en la menarquía.

En el «Diccionario del origen de las palabras» de Buitrago y Torijano, puede encontrarse un buen ejemplo del segundo caso, una palabra aplicada a una tarea solidaria que se degrada por asociación con el campo de lo femenino. Se trata de «proxeneta». Cito textualmente:

Los griegos, en un claro ejemplo de organización y sentido democrático, tenían en cada una de las polis o ciudades-estado a una persona encargada de defender en ella los intereses de los ciudadanos de otras polis, eran los llamados proxens de pro «a favor de, en defensa de» y xenos «extranjeros» (como en xenofobia). Este cargo público era una especie de mediador entre el ciudadano extranjero y las autoridades, por lo que también se utilizó la palabra con el sentido de «intermediario, agente, representante», que pasó al latín proxeneta (m). De este último significado, con un claro proceso de envilecimiento semántico, se pasó al de «intermediario en las relaciones con las prostitutas», sinónimos «chulo, guapo y rufián» (Buitrago and Torijano, 1998).

El tema se comprende mejor si tenemos en cuenta que en la antigua Grecia estaba prohibido el ejercicio de la prostitución a las ciudadanas de cada polis, pero no a las extranjeras, que podían adquirir bienes y prestigio en condición de «hetairas». Así que es muy posible que el servicio de mediación con extranjeros, atendiera también a extranjeras, y de allí esta derivación.

El campo del sexo pagado es especialmente productivo en palabras que sufren generalización y degradación. Quignard menciona el término «pornografía» que en su origen latino significaba literalmente «retrato de una prostituta».

Pero lo que realmente interesa es la deriva divergente de la valoración de los conceptos, que en el caso de los que se refieren a los hombres tienden a ir ganando prestigio con el tiempo, mientras que si se refieren a las mujeres sufren procesos de degradación y desvalorización. Evidentemente el lenguaje no tiene la culpa, es la situación deteriorada de la mujer con respecto a los hombres la que se refleja, aunque también es cierto, que como expresión

simbólica de las relaciones de género, refuerza y normaliza los prejuicios en los que se asienta. En tanto que el idioma se configura a través de procesos dinámicos, es posible pensar en reajustes y cambios de significado, cuando las relaciones sociales cambian. Pero esto es bastante difícil. Los esfuerzos modernos para evitar la discriminación en el lenguaje señalan el abuso que implica utilizar el masculino como genérico, y proponen construcciones alternativas, así como incluir los nombres de las profesiones en femenino y evitar utilizar en los diccionarios ejemplos discriminadores, pero los significados y valoraciones adjudicados a cada concepto son construcciones sociales lentas de modificar (Lledó Cunill, 2005).

Como dice Quignard: «Sería impío volver decentes esas palabras nacidas para ser indignas» (177) . Casi todas las relacionadas con la sexualidad femenina o su independencia caen dentro de esa categoría.

El cuerpo fluido

Todo límite es un comienzo a la vez que un final (Eliot, 1993: 942)

En contraposición con el modelo guerrerista, en el cual la muerte es el acontecimiento social más valioso, y el que da sentido a la existencia, existen propuestas que priorizan el nacimiento, como eje fundamental de interpretación. No por casualidad esta línea ha sido desarrollada por una filósofa. Para Hanna Arendt el nacimiento es el acto básico a partir del cual todas las posibilidades están abiertas:

El nuevo comienzo inherente al nacimiento se deja sentir en el mundo sólo porque el recién llegado posee la capacidad de empezar algo nuevo, es decir de actuar..., ya que la acción es la actividad política por excelencia, la natalidad y no la mortalidad, puede ser la categoría central del pensamiento político (Arendt, 1993: 23).

Actuar implica la capacidad de elegir. La acción escapa a los determinismos. Y luchar contra ellos es importante si se pretenden redefinir las identidades de género de manera que no den cabida a la estigmatización.

Desde los planteamientos pioneros de Simone de Beauvoir, se hizo patente la necesidad de desbiologizar las identidades de género, señalando que la biología no es el destino. En realidad los condicionantes biológicos no sólo no determinan las opciones vitales de forma rígida, sino que a su vez son leídos y construidos ellos mismos, de acuerdo a patrones culturales. Si imaginamos a la biología como inmutable, esto tiene más que ver con la estrechez de nuestros moldes que con las características de los fenómenos biológicos. De hecho, los procesos vitales son

siempre dinámicos, tanto en lo que se refiere a las posibilidades de cada individuo, como a la reproducción de cada grupo. La pervivencia en el tiempo de las especies implica necesariamente cambios biológicos a través de dos mecanismos básicos: la reproducción sexual y las mutaciones genéticas.

Pero en el caso de los seres humanos están además los mecanismos de lectura e interpretación de estas variaciones. Las clasificaciones estáticas basadas en la biología se van desmontando a medida que nuestra capacidad para entender situaciones ambiguas se incrementa. Primero se dismantelaron los viejos conceptos de la pertenencia inequívoca a grupos raciales y se llegó a la conclusión que la mezcla y no la pureza era la norma en ese campo. Las razas mismas eran construcciones culturales, ya que en realidad todas y todos somos mestizos.

Luego le ha tocado el turno al sistema dual de sexos y a las construcciones de género ligadas a él. Desde la biología se reconoce este hecho: «*Etiquetar a alguien como varón o mujer es una decisión social*» (17) (Fausto-Sterling, 2006). La recopilación de las investigaciones de las últimas décadas señalan un campo fluido, en que los casos intermedios son relativamente frecuentes. Se calcula un 1,7 % de casos atípicos desde el punto de vista estrictamente biológico (esquema cromosómico, equilibrio hormonal y/o configuración del aparato genital) a esto hay que agregar la gran cantidad de casos en que las opciones sexuales no coinciden con el modelo asignado. La ambigüedad propia de esta situación permite la libertad de elegir, pero también facilita la manipulación. Entre los estudios más apasionantes del nuevo milenio están los que van reconociendo las bases cromosómicas y endocrinas de esta ambigüedad y señalan cómo se utilizan para legitimar o desechar opciones sexuales o conductuales. La homosexualidad primero y la transexualidad después se han interpretado inicialmente como fenómenos biológicos patológicos, para pasar después a conceptualizarse como opciones sociales. El género (es decir el conjunto de conductas a través de las cuales se expresan las categorías sexuales) ha tomado primacía sobre el sexo en los análisis. En el uso social, esta preminencia de lo construido socialmente sobre lo biológico ha sido siempre tan fuerte que se puede afirmar que no es que tengamos dos modelos de género porque sólo hay dos sexos, sino que se reconocen sólo dos sexos porque sólo contamos con dos modelos de conducta.

Un avance importante es la reciente ley que permite a las personas transexuales el cambio de identidad sin necesidad de recurrir a la cirugía. Una buena noticia para las personas directamente implicadas (salvo para los cirujanos que se lucraban «normalizando» una realidad ambigua), pero también un buen apoyo para dismantelar los determinismos biológicos.

Desgraciadamente los caminos hacia la aceptación de la diversidad y la mutabilidad no son fáciles. La estructura social se apoya en cierta idea de permanencia corporal.

Las prácticas más frecuentes de control consisten en la biologización y medicalización y en la construcción de imaginarios estigmatizadores. Como se ha señalado, la biologización no se relaciona con el reconocimiento de las indudables bases físicas de algunas conductas, sino con sostener que estas bases físicas son determinantes y las conductas no sufren alteración por opciones individuales o presiones sociales. La biologización es un determinismo y tiene como consecuencias priorizar los tratamientos médicos de las conductas o la consideración de éstas como permanentes.

El cuerpo está en el centro de estas estrategias, sobre él se actúa cuando se encarcela o se medica. Imaginarlo estable en el tiempo, ligado por la biología a conductas previsibles y normalizadas, tales como la correspondencia sexo-género, la heterosexualidad o la permanencia de las opciones sexuales, no es una descripción de sus características, sino una estrategia de control social.

Ni las mujeres, ni los hombres, son lo que eran

*Ya no están los tiempos como para negarle a nadie su derecho
a la promiscuidad (Mastretta, 2007: 178)*

Ni el peso de las tradiciones, ni los intentos de biologizar y medicalizar los modelos han conseguido que las cosas queden como estaban. Hombres y mujeres han recorrido bastante camino en desmontar las normativas sociales sobre las identidades de género, pero no lo han hecho a la misma velocidad. Impelidas por la necesidad de superar una situación de enorme discriminación, las mujeres han realizado esfuerzos continuados para dar flexibilidad a sus construcciones identitarias. Un observador del siglo XIX se asombraría por la distancia entre la imagen de una mujer decimonónica y la de una muchacha moderna. Pero el uso de pantalones, el pelo corto, la ausencia de corsé o de otros artificios para resaltar las formas, así como la utilización optativa del maquillaje, son sólo manifestaciones externas de un cambio mucho más profundo. Las mujeres han tomado por asalto el sistema educativo y el trabajo pagado (aunque quede mucho camino para lograr una retribución justa de sus esfuerzos) pero también han adquirido el derecho a hablar por sí mismas, a ser tenidas en cuenta, a participar en la toma de decisiones que les afectan. Todos esos campos habían sido definidos anteriormente como «naturalmente» masculinos, por lo que su conquista ha implicado el desmantelamiento de los modelos de identidad previos.

Los hombres no tuvieron que superar estos problemas. Ya disponían de entrada de todo el reconocimiento social y los privilegios, por lo que no resultaba claro que tuvieran que plantearse reformular sus modelos. Sin embargo, las identidades de género tradicionales tienen también para ellos costes importan-

tes. El rígido modelo de la masculinidad deja poco campo para la improvisación y la disidencia, y los infractores del modelo del guerrero agresivo, del hombre de hierro que no manifiesta sentimientos ni ternura, han sido duramente sancionados con el rechazo social. También para ellos las identidades de género tradicionalmente aceptadas son una cárcel y una limitación.

El siglo XX ha sido el de la revolución de las mujeres. Aunque queda mucho camino para andar, los logros que han conseguido no parecen reversibles. Su lucha ha obligado a cuestionarse la correlación de los modelos sexo-género y las bases mismas de su legitimación. Al hacerlo han abierto un camino que actualmente es recorrido también por muchos hombres en busca de nuevos modelos de identidad más fluidos. Quizá la última batalla del guerrero sea la que le permitirá ganar su derecho a dejar de serlo.

BIBLIOGRAFÍA

- ARENDT, Hannah (1993): *La condición humana*. Barcelona: Paidós.
- AUSTEN, Jane (1999): *Persuasión*. Barcelona: Plaza & Janés.
- BUITRAGO AND TORIJANO (1998): *Diccionario del origen de las palabras*. Madrid: Espasa.
- COROMINAS, Joan (1976): *Breve Diccionario Etimológico de la Lengua Castellana*. Madrid: Gredos.
- DE BEAUVOIR, Simone (1968): *El segon sexe*. Barcelona: Edicions 62.
- ELIOT, George (1993): *Middlemarch. Un estudio de la vida de provincias*. Madrid: Cátedra.
- FAUSTO-STERLING, Anne (2006): *Cuerpos sexuados. La política de género y la construcción de la sexualidad*. Barcelona: Editorial Melusina.
- LLEDÓ CUNILL, Eulàlia (2005): *L'espai de les dones als diccionaris: silencis i presències*, vol. 8. Vic: Eumo Editorial.
- MARTÍNEZ HERNÁEZ, Ángel (2008): *Antropología médica. Teorías sobre la cultura, el poder y la enfermedad*. Barcelona: Anthropos.
- MASTRETTA, Angeles (2007): *Maridos*. Buenos Aires: Seix - Barral.
- MOLINER, María (2002): *Diccionario de uso del español*. Madrid: Gredos.
- MUÑOZ MOLINA, Antonio (2001): *Sefarad*. Madrid: Santillana.
- QUIGNARD, Pascal (2005): *El sexo y el espanto*. Barcelona: Minúscula.

Recibido el 23 de diciembre de 2007

Aceptado el 14 de febrero de 2008

BIBLID [1132-8231(2008)19: 19-27]